

Dr. David A. DeSilva,

2 Pedro y Judas

Sesión 1

Al analizar el contexto de 2 Pedro, surgen más preguntas de las que podemos responder con contundencia, lo cual puede resultar frustrante para algunos al abordar este texto. Existen dudas sustanciales sobre la autoría de la carta y en qué sentido, si es que existe alguna, su contenido se basa en las palabras del propio apóstol Pedro. No tenemos claro dónde se encontraba la audiencia, incluso si la carta fue escrita por Pedro.

Solo la ocasión y el mensaje de la carta en respuesta a estos problemas actuales resultan bastante claros, pero estos son, de hecho, los fundamentos más importantes para interpretar el texto y comprender sus constantes palabras de exhortación. 2 Pedro es notable por adaptar la advertencia de Judas a una nueva situación, pero también es un texto de una naturaleza extremadamente diferente. Mientras que Judas está profundamente arraigado en las tradiciones judías palestinas, 2 Pedro es uno de los textos más helenizados del Nuevo Testamento.

Su comienzo se lee como la inscripción de un benefactor de una ciudad griega. Su cierre se lee como un debate con predicadores demasiado influenciados por la escuela de Epicuro, un influyente filósofo griego de finales del siglo IV y principios del III a. C. Al abordar los desafíos muy particulares de sus oyentes, 2 Pedro expone a los lectores de todas las épocas los dos puntos cardinales principales de nuestra vida: nuestra redención por Cristo de los pecados pasados y su venida en juicio, y el inicio de un reino donde la justicia tenga un hogar.

Y así nos desafía. ¿Qué clase de personas debemos ser, entonces, para honrar nuestra costosa redención y vivir de tal manera que también encontremos un hogar en la nueva creación de Dios? 2 Pedro fue escrito en respuesta a la actividad de maestros innovadores. El autor da una primera y clara indicación de esto en el capítulo 2, versículo 1. Pero también surgieron falsos profetas entre el pueblo, como de hecho surgirán falsos maestros entre ustedes que introducen sigilosamente facciones destructivas, incluso negando al amo que los rescató, atrayendo sobre sí una destrucción repentina.

El resto del capítulo 2 se dedica al tema de estos intrusos y a destacar su carácter vergonzoso y las prácticas impías que traen consigo, subrayando así también el objetivo de socavar su influencia y el atractivo de su mensaje. Una imagen más clara de la perspectiva de estos maestros surge en el capítulo 3, versículos 3 y 4. Sepan esto de antemano. En los últimos días vendrán burladores con desprecio, siguiendo sus propios deseos y diciendo: "¿Dónde está la promesa de su venida?". Porque desde que murieron nuestros padres, todo sigue igual desde el principio de la creación.

La representación que el autor hace del lenguaje del escéptico se presta a diversas interpretaciones. Podría interpretarse simplemente como una afirmación sobre la aparente infinitud del curso de la historia humana, en el que no se puede recordar que Dios haya intervenido de forma trascendental para sanar la injusticia y sacar a la luz la justicia. Sin

embargo, podríamos interpretarlo específicamente como un repudio a la creencia cristiana primitiva de que Jesús regresaría pronto, quizás incluso durante la vida de sus discípulos y colaboradores, para inaugurar el reino de Dios en toda su plenitud.

De hecho, se recuerda que Jesús dijo que algunos de los que estuvieron con él durante su ministerio terrenal verían, cito, que el reino de Dios ha llegado con poder. Y, sin embargo, para el año 64 d. C., la mayor parte de la generación de los apóstoles y primeros seguidores de Jesús había fallecido sin ver la llegada del reino. A lo largo de casi veintiún siglos de historia cristiana, el hecho de que el juicio y la segunda venida no se materializaran de forma remota como pronto o rápido se ha utilizado a menudo para impulsar el abandono de la esperanza apocalíptica en favor de una reconfiguración de las expectativas cristianas y, por consiguiente, de las acciones hacia el mundo presente como, de hecho, el mundo sin fin.

Los maestros a los que se opone nuestro autor podrían haber sido los primeros en argumentar tal cosa. Para ellos, el paso de toda una generación pone en duda la enseñanza de los apóstoles y, de hecho, la supuesta enseñanza de Jesús sobre el fin de los tiempos, así como el testimonio de las Escrituras del Antiguo Testamento sobre el día del Señor. De ahí la defensa que hace nuestro autor tanto del testimonio apostólico como del bíblico en 2 Pedro 1, versículos 16 al 21.

Estos maestros rivales podrían buscar cultivar lo que ellos considerarían un cristianismo más ilustrado, liberado de las nociones apocalípticas judías, que podrían haberles parecido retrógradas y provincianas. De hecho, su escepticismo se ha comparado a menudo con el que alimentaba el epicureísmo, una de las tres principales corrientes filosóficas del período romano, junto con el estoicismo y el platonismo medio. Epicuro identificó el bien supremo como la ataraxia, una existencia sin problemas.

La eliminación de las emociones y otros estímulos que traían consigo perturbaciones, miedo, ira, ansiedad y ansia se convirtió en el objetivo principal del autocontrol y la disciplina de los epicúreos. Epicuro enseñaba que los dioses, al ser dioses, poseían el bien supremo y, por lo tanto, no se veían perturbados por los asuntos humanos. Como citaría Diógenes Laercio a Epicuro, un ser bendito y eterno no tiene problemas ni los causa a ningún otro ser.

Por lo tanto, está exento de sentimientos de ira o parcialidad. Epicuro concluyó explícitamente que los dioses no se preocupan de castigar a quienes actúan con maldad ni de favorecer y recompensar a quienes actúan con nobleza. Quienes seguían el pensamiento de Epicuro señalaban el hecho de que tantas personas malvadas permanecieran impunes durante tanto tiempo, a veces durante toda su vida, como prueba de que la creencia en la providencia y el juicio divinos es mera superstición.

El objetivo de Epicuro era liberar a la gente de la tiranía del miedo religioso y, así, eliminar una importante fuente de ansiedad y perturbación de la experiencia humana. Un efecto secundario desafortunado y bastante frecuente de sus enseñanzas era la propensión a despreocuparse de la moral convencional en favor de aprovechar el día, por así decirlo, y disfrutar del placer. Si bien el propio Epicuro hablaba del placer como producto de su filosofía, él mismo lo consideraba estrictamente como tranquilidad, no como una indulgencia desvergonzada, que, según él, perturbaba la tranquilidad de una persona.

Es en este contexto que la mayoría de los eruditos sitúan ahora a los maestros ilustrados rivales a los que se opone en 2 Pedro. Su pregunta, ¿dónde está la promesa de su venida?, que, a juzgar por la respuesta de nuestro autor, también implicaba una negación del juicio divino en general y del juicio futuro en particular, plantea una crítica epicúrea al evangelio cristiano. De igual manera, el autor presenta a los maestros como quienes prometen libertad, un objetivo epicúreo explícito, mientras que ellos mismos son esclavos de la corrupción, una consecuencia común del epicureísmo vivido en la pobreza.

El resto del capítulo 3 de 2 Pedro se dedica, pues, a confirmar la promesa bíblica y apostólica, tanto en lo que respecta a un día de rendición de cuentas ante Dios como a la disolución del cosmos actual en favor de una nueva creación. También se dedica a responder a las objeciones del maestro rival a la convicción que llegaría a consagrarse en el Credo de Nicea. Él vendrá de nuevo para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Parecería que la negación, al igual que la afirmación de un día del juicio del que dependería la eternidad en un cosmos renovado, tuvo graves consecuencias para la práctica ética. Esto se evidencia tanto en la crítica del autor a la laxitud ética de los maestros rivales a lo largo del capítulo 2 como en su exhortación a la búsqueda de la justicia y la santidad entre su público en el capítulo 3. Al repasar el capítulo inicial, vemos que el autor ya se había preparado para abordar estas preocupaciones. La segunda mitad del capítulo 1 se centra en la transfiguración de Jesús, considerada aquí como un anticipo profético de la gloria que Jesús traerá en su segunda venida.

De hecho, el propio acontecimiento de la transfiguración se ofrece como evidencia de esa segunda venida, contrariamente a las dudas planteadas por los maestros rivales. El párrafo inicial del capítulo 1, entonces, se centra en el imperativo ético de la vida cristiana. Nuestra purificación de los pecados pasados debe impulsarnos hacia adelante en un camino hacia la santidad y la justicia, para la cual hemos sido ampliamente equipados por Dios mismo, contrariamente a la trayectoria ética vivida y enseñada por los maestros rivales.

Al igual que en la carta de Judas, las palabras más debatidas en 2 Pedro son las iniciales: Simeón Pedro. Simeón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo. La carta se presenta explícitamente como un texto escrito por el apóstol Pedro.

El uso del doble nombre lo hace aún más claro, poco antes de su martirio durante los últimos años del reinado de Nerón, en algún momento entre el 64 y el 68. Como Pablo, Santiago, Judas y Juan el vidente, Pedro aquí, aunque no en 1 Pedro, se identifica a sí mismo como esclavo y apóstol de Jesucristo.

El primero implica la pretensión de actuar enteramente en nombre de Jesús, y no en el propio. Y si bien la esclavitud se consideraba en general una condición degradada, en relación con la divinidad, también implicaba la pretensión de ser honrado como representante y miembro de la familia de la divinidad. El término apóstol también implica actuar como enviado designado de Jesucristo y, como tal, persona investida de la autoridad de aquel a quien representa.

Sin embargo, varias características de esta carta hacen reflexionar a los lectores sobre la afirmación de que proviene de la mente o la boca de Simeón Pedro. En primer lugar, el estilo griego, denso e incluso superficial, de la carta parece excesivo para alguien que fue

pescador en Galilea, a pesar de la intensa labor ministerial que realizó en los territorios de habla griega durante la segunda mitad de su vida. El estilo también difiere significativamente del de 1 Pedro, que ya era bastante complejo para dicho pescador galileo.

En segundo lugar, algunas ideas son particularmente griegas y poco judías. Por ejemplo, la salvación se concibe aquí como la participación en la naturaleza divina y el escape de la decadencia presente en el mundo causada por el deseo, dos nociones muy griegas. El lugar del castigo se llama Tártaro, un término más específico que el genérico Hades o Seol, y un término particularmente griego, que se refiere a los reinos del castigo en la mitología griega.

En tercer lugar, hay muy poca verborrea de las escrituras judías entrelazada en el lenguaje de 2 Pedro, lo cual es particularmente inusual a la luz de la abundancia de este tipo de verborrea en 1 Pedro. Cuestionar la atribución de la carta no es un fenómeno moderno, como lo atestigua Eusebio, quien escribió a principios del siglo IV. Pedro, sobre quien se edifica la Iglesia de Cristo, dejó una epístola reconocida, y podría ser también una segunda, pues se duda.

Jerónimo, en el siglo V, advirtió problemas estilísticos y conceptuales al atribuir la carta a Pedro. Además, dos epístolas, que se conservan como de Pedro, presentan discrepancias en cuanto a estilo, carácter y estructura, lo que nos lleva a pensar que utilizó diferentes intérpretes según fuera necesario. La solución propuesta por Jerónimo sigue siendo una consideración importante en cualquier teoría de la autoría que busque preservar una conexión directa entre la carta y el apóstol.

Un intérprete, o como sea que entendamos la asistencia secretarial, dio a la carta su redacción específica. La esencia puede ser, en efecto, petrina. La expresión real, desde luego, no.

Juan Calvino también abordó el tema directamente en la introducción a su comentario sobre la Segunda Carta de Pedro. Dado que lleva su nombre inscrito, habría sido una ficción indigna de un ministro de Cristo personificar a otra persona. Por lo tanto, debió provenir de Pedro, no porque él mismo lo escribiera, sino porque alguno de sus discípulos, por mandato suyo, expuso por escrito lo que exigía la necesidad de los tiempos, aunque no reconozco el lenguaje de Pedro.

Vale la pena destacar la incuestionable presuposición que Calvino aporta al asunto. Segunda de Pedro no puede ser un seudónimo, pues tal ficción sería indigna de un ministro de Cristo. Cabe preguntarse si la gente del Mediterráneo de finales del siglo I habría compartido su punto de vista.

Sin embargo, la conclusión de Calvino, que es esencialmente la misma que la de Jerónimo, es fundamental. Una vez más, si existe alguna conexión entre la carta y el apóstol, esta se ve fuertemente mediada por el desconocido escritor cristiano a quien Pedro confió la tarea de plasmar por escrito sus pensamientos. Al igual que Jerónimo, Calvino también admite la amplitud de esta mediación, junto con su atribución general de la carta al apóstol.

No reconozco aquí el lenguaje de Pedro, con lo que podría referirse al discurso atribuido a Pedro en los Hechos o a la verborrea de Primera de Pedro. Cierta grado de mediación entre

el autor y el texto no es nada inusual en el mundo antiguo, incluso en las páginas del Nuevo Testamento. Basta con considerar las cartas de Pablo escritas con la ayuda de un escriba o secretario.

Incluso conocemos el nombre de Tercio, quien participó en la redacción de Romanos. Las diferencias estilísticas entre Primera y Segunda de Pedro deberían alertarnos, como alertaron a Jerónimo y Calvino, sobre el grado en que este escritor, a menudo invisible, participó y contribuyó a la formación del producto final. El primer escenario que podríamos imaginar para la composición de Segunda de Pedro, como acabamos de explorar, es el de Pedro autorizando la redacción de una carta en su nombre, cuyo estilo y expresión, y en cierta medida, cuyo contenido, fueron proporcionados por ese colaborador de confianza.

Sin embargo, muchos eruditos se inclinan por un segundo escenario: un cristiano fiel escribe una carta en nombre de Pedro para hacer valer la autoridad del apóstol, y probablemente su enseñanza, en los problemas surgidos tras su muerte, defendiendo la tradición apostólica contra maestros rivales que ponen en peligro la herencia que Pedro y sus compañeros apostólicos les legaron. Según este escenario, Segunda de Pedro es una obra seudónima, es decir, con una falsa atribución de autoría. Un factor contextual que estos eruditos señalan habitualmente es la existencia del género del Testamento, un texto que supuestamente contiene el discurso en el lecho de muerte de una figura célebre e importante del pasado, dando instrucciones a sus descendientes, y que a menudo también contiene reminiscencias personales de episodios de su vida, así como predicciones sobre el futuro, ya que la proximidad de la muerte se consideraba también un momento de clarividencia.

Se conservan numerosos ejemplos de este género. Los Testamentos de los Doce Patriarcas, el Testamento de Abraham, el Testamento de Moisés y el Testamento de Job son algunos de los más conocidos. Los eruditos han observado varias similitudes entre la Segunda Epístola de Pedro y estos Testamentos.

En primer lugar, Pedro incluye reminiscencias de su experiencia, específicamente en relación con la transfiguración en los versículos 116-118. Pedro expresa su consciencia de su muerte inminente y, por lo tanto, su deseo de impartir instrucción moral en los versículos 112-115. En tercer lugar, el contenido de esa instrucción moral, que se encuentra a lo largo de toda la carta.

Y cuarto, predicciones de una crisis presente y futura, y de la intervención final de Dios. Segunda de Pedro está, por supuesto, redactada como una carta. Podría decirse que la forma típica de comunicación apostólica, la carta, se habría considerado más apropiada para el testamento de un apóstol.

Otros posibles indicios de seudónimo incluyen, en primer lugar, la observación del escéptico: ¿Dónde está la promesa de su venida? Desde que los padres durmieron, todo continúa como estaba desde el principio de la creación. Las palabras escépticas específicas atribuidas a estos burladores cobrarían mayor fuerza tras la muerte de todos los apóstoles que acompañaron a Jesús, es decir, tras el fracaso de dichos como los que encontramos en el evangelio de Marcos.

Justo antes de la transfiguración de Jesús, Jesús había dicho: «Les aseguro que hay algunos aquí que no probarán la muerte hasta que vean que el reino de Dios ha venido con poder».

Luego, en medio de su discurso apocalíptico, Jesús afirma: «Les aseguro que esta generación no pasará hasta que todo esto suceda». Algunos han señalado que las predicciones sobre los falsos maestros se hacen en futuro en los primeros versículos de los capítulos 2 y 3, pero se aplican en presente a las personas que actualmente perturban a la congregación o congregaciones a las que se dirige.

Estos eruditos han sugerido que esta es la manera en que el autor seudónimo afirma, en primer lugar, las genuinas predicciones y advertencias apostólicas de décadas atrás, que ahora se estaban cumpliendo a medida que los falsos maestros continuaban su obra en presencia tanto del autor como del público. También se suele considerar que la incorporación de material de la carta de Judas por parte del autor, tras una edición exhaustiva, concuerda más con un autor postapostólico que con la autoría petrina, dejando el material aún apostólico, aunque no completamente petrino. Quienes apoyan esta segunda hipótesis, por supuesto, también señalan el estilo y el vocabulario del griego como claramente no petrinos.

Antes de descartar la posibilidad de plano, debemos considerar que en el mundo antiguo, la autoría seudónima podía entenderse en algunos casos como un acto de engaño con malas intenciones, pero en otros como un homenaje sincero motivado por el deseo de continuar o preservar las enseñanzas de una figura venerada. Podríamos tomar como ejemplo a Pitágoras, filósofo y matemático griego del siglo VI a. C. Él mismo no escribió nada, pero los catálogos antiguos de libros le atribuyen cientos de títulos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros como manuscritos completos.

Sus alumnos recopilaron y escribieron lo que recordaban de sus enseñanzas sobre diversos temas y las publicaron bajo el nombre del maestro en lugar del suyo propio, pues creían que era más apropiado atribuirle a su maestro el contenido tal como se originó con él, aunque solo llegó a expresarse por escrito gracias a su mediación. Sin embargo, la teoría de la autoría seudónima se enfrenta a un obstáculo importante en lo que respecta a 2 Pedro. Los líderes de la iglesia primitiva no parecen haber aceptado nunca el seudónimo como una práctica aceptable.

Esto probablemente se deba al uso generalizado del seudónimo a lo largo de los siglos II y III para promover creencias heréticas, presentándolas como enseñanzas secretas de Juan, Santiago o Tomás. Pero incluso una obra en gran medida inobjetable, si se descubriera que había sido escrita bajo seudónimo, sería rechazada. Por consiguiente, los intentos de asegurar un lugar en el canon para cartas como Judas y 2 Pedro implicaban necesariamente afirmar su autenticidad como escritos apostólicos.

Así que esto es un arma de doble filo. Valorar el contenido de un texto llevaría a afirmar su autenticidad como testimonio apostólico, independientemente de si fue escrito por ese apóstol en particular. La autoría de 2 Pedro sigue siendo una pregunta difícil de responder, y simplemente ignorar la mitad de las pruebas revelaría la complejidad de la evidencia.

Sin embargo, podemos afirmar con seguridad que la carta representa claramente el contenido apostólico: la narración de la transfiguración, las advertencias sobre los falsos maestros, la seguridad del juicio divino sobre los impíos y la liberación de los fieles. También refleja la intención apostólica, es decir, el objetivo de mantener a sus lectores alineados con,

parafraseando a Judas, la fe entregada una vez por todas a los santos. Si decidimos afirmar la autoría petrina, tendremos que hacerlo de una manera que respete las dificultades de atribuir el estilo y parte del contenido a Pedro como único autor.

Jerónimo y Calvino señalan el camino hacia una afirmación fundamental de la autoría petrina. Este texto está, como mínimo, muy mediado por un colaborador de confianza de Pedro. El texto de 2 Pedro comienza con una fórmula típica de saludo en una carta: remitente a destinatario, saludos, ampliada como es habitual en las cartas de los primeros círculos cristianos.

Simeón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que han recibido una fe igual a la nuestra por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, que la gracia y la paz les sean multiplicadas en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Este saludo inicial proporciona muy poca, o mejor dicho, nada, en realidad sobre la audiencia. Solo revela que ellos mismos son cristianos.

Al comienzo del capítulo 3, el autor hace referencia a una carta anterior de Pedro. Esta es, amados, la segunda carta que les escribo. En ellas, intento despertar su sincera intención recordándoles que deben recordar las palabras pronunciadas en el pasado por los santos profetas y el mandamiento del Señor y Salvador expresado por medio de sus apóstoles.

Es tentador identificar esa carta anterior con nuestra Primera Carta de Pedro, lo que significaría que la Segunda Carta de Pedro también se dirige a los cristianos de una o más de las provincias del Asia Menor Occidental a las que se dirige la carta anterior: las provincias romanas de Asia, Galacia, Capadocia, Ponto y Bitinia. Pero ¿cuánto debemos confiar en esa conexión al considerar el público de esta epístola? Esto presupone que Pedro escribió solo estas dos cartas, si es que escribió ambas, a lo largo de tres o más décadas de ministerio.

Sabemos que una figura apostólica importante pudo escribir cartas significativas que se perdieron para la posteridad. En el caso de Pablo, podríamos mencionar solo la carta anterior a los corintios, a la que se refiere en 1 Corintios 5, 9 al 11, y la emotiva carta a la que se refiere en 2 Corintios 2, versículos 3 y 4, así como la carta a los laodicenses, que menciona en Colosenses 4, si esta no forma parte de nuestra epístola a los Efesios ni está incorporada a ella, como algunos eruditos han sugerido. La referencia del autor de Segunda de Pedro a las cartas de Pablo, enseñando que la paciencia de Dios tiene como propósito llevar a las personas al arrepentimiento, también resulta algo problemática para una audiencia en el oeste de Turquía, pues solo en la carta de Pablo a los Romanos, capítulo 2, versículo 4, encontramos a Pablo haciendo precisamente esta afirmación.

¿Desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad? ¿No te das cuenta de que la bondad de Dios tiene como propósito llevarte al arrepentimiento? Por lo tanto, preferiría no aferrarme demasiado a la identificación de la audiencia de 2 Pedro con la de 1 Pedro, como si estuviéramos tratando con una relación similar a la de 1 y 2 Tesalonicenses o 1 y 2 Corintios. Sin embargo, la descripción de la audiencia en el capítulo 1, versículo 2, merece atención para quienes han recibido una fe de igual valor que nosotros en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.

De este modo, el autor expresa buena voluntad y estima hacia su audiencia, lo que siempre contribuye positivamente a su receptividad a cualquier palabra que siga. También subraya

estratégicamente el valor de la fe tal como la recibieron de sus fundadores, una fe que incluía la convicción de que Dios juzgará al mundo y exigirá cuentas a todos según sus justos principios, así como la convicción de que la creación material actual no es el ámbito definitivo y eterno de la existencia. Esto puede advertir a la audiencia desde el principio que la fe que abrazaron inicialmente posee un valor suficiente para defenderse de las innovaciones de los escépticos, como las que se han infiltrado en la congregación o en las congregaciones a las que se dirige.

El inicio de la carta también podría ser una afirmación temprana de la divinidad de Jesús, al referirse a nuestro Dios y Salvador Jesucristo en una construcción gramatical que sugiere claramente que el autor se refiere a una sola entidad. La lectura del Códice Sinaítico, «nuestro Señor y Salvador Jesucristo», probablemente revela la incomodidad de un escriba con la formulación inusual, aunque en última instancia ortodoxa, de «nuestro Dios y Salvador Jesucristo». Sin embargo, esta lectura minoritaria probablemente debería descartarse como una enmienda del escriba, al ser la lectura menos difícil.

En lugar de la simple palabra "saludos", encontramos, como en la mayoría de las cartas del Nuevo Testamento, un deseo de gracia y paz para los destinatarios. La celebración del generoso favor de Dios es, por supuesto, central en todo discurso cristiano primitivo, pero servirá de punto de partida para esta carta en particular, como veremos en el capítulo 1, versículos 3 al 11. Segunda de Pedro busca ofrecer una fe filosóficamente respetable, pero aún ortodoxa.

En manos de este autor, el cristianismo ortodoxo no es inferior a ninguna filosofía popular actual, y puede resistir y responder a las críticas, pero tampoco sacrificará sus principios fundamentales para lograr esta respetabilidad. Una forma en que el autor avanza en este sentido es presentar el discipulado cristiano como un proceso de crecimiento constante hacia una vida de virtudes ampliamente reconocidas, en la medida en que su poder divino nos ha dado todas las cosas con vistas a la vida y la piedad mediante el reconocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud, mediante el cual nos ha dado las preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas seamos partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción que existe en el mundo a causa de la concupiscencia.

Poniendo toda diligencia y obra en esto mismo, añadan a su fe virtud, a su virtud, conocimiento, a su conocimiento, dominio propio, a su dominio propio, paciencia, a su paciencia, piedad, y a su piedad, amor fraternal, y a su amor fraternal, amor sin límites. Porque, como estas cosas les pertenecen y abundan entre ustedes, les asegurarán que no sean improductivos ni estériles en cuanto a su reconocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pues quienes carecen de estas cosas son tan miopes que están ciegos, olvidando la purificación de sus pecados pasados.

Por lo tanto, hermanos y hermanas, dedíquense plenamente a asegurar su llamado y selección. Porque al hacer esto, nunca tropiezan. De esta manera, la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo les será concedida abundantemente.

El autor comienza con un lenguaje que resonaría con las inscripciones que declaran las resoluciones de una ciudad para honrar a sus benefactores, como las que aparecen en los espacios públicos de las ciudades donde viven los destinatarios. Los beneficios que este

autor celebra, por supuesto, son los otorgados por Dios, cuyo poder divino nos ha dado todas las cosas con miras a la vida y la piedad, quien nos llamó por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos ha dado las preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas lleguen a ser participantes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. El autor conceptualiza la salvación en términos muy griegos aquí en el capítulo 1, versículo 4. Salvación significa participar de la naturaleza divina, que se entendería como inmortalidad, perfección moral y plenitud.

La salvación significa, al mismo tiempo, escapar de la corrupción o la decadencia inherentes al mundo material, una decadencia que el autor atribuye a los efectos del deseo en el ámbito de la experiencia humana. El autor puede incorporar aquí, desde el principio, el lenguaje y el pensamiento de la filosofía ética grecorromana como medio para ofrecer a sus oyentes la seguridad, en contraposición directa a las quejas de los escépticos sobre la fe apostólica, de que la fe que han recibido es, en efecto, ilustrada y plenamente acorde con los más elevados ideales celebrados en el mundo grecorromano. Resulta bastante contracultural para mí, en mi propio contexto estadounidense, pensar en el deseo como algo negativo.

Encuentro todo tipo de estímulos para soñar en grande, disfrutar de los bienes y placeres de esta vida, incluso para alcanzar grandes cosas, como definen mis compañeros, moldeados por la sociedad. Encuentro todo tipo de tentaciones que buscan estimular mi deseo, ya sea por un nuevo electrodoméstico, un nuevo coche, un nuevo medicamento, una nueva bebida, un nuevo refrigerio, un nuevo restaurante, un nuevo resort de playa, una nueva película, una nueva computadora, nuevos gabinetes de cocina o un nuevo vehículo. Desear parece ser tan normal, tan necesario, como respirar en el mundo que habito.

Nuestro autor nos habla desde una cultura distante, una que conocía tan bien como nosotros lo que significaba desear, pero que también era más crítica, más suspicaz con respecto al deseo y sus efectos en la vida humana. Un lugar común de la ética durante los períodos griego y romano era este: para alcanzar una vida consistentemente virtuosa, la razón debía prevalecer siempre y de forma constante sobre los propios deseos.

Sin embargo, dar rienda suelta a los impulsos, deseos y sentimientos propios significaba abandonar la búsqueda de las virtudes que hacían que una vida valiera la pena. La ética cristiana primitiva no sería menos rigurosa. Nuestro autor nos advierte que el deseo ha contribuido de muchas maneras a corromper el mundo bueno de Dios y su visión positiva para la vida en este mundo.

La codicia conduce a prácticas ecológicas insostenibles, a la opresión de los débiles para disfrutar de una mayor porción de bienes codiciados, a negar a otros el acceso a lo suficiente para que yo pueda tener más. El deseo sexual puede conducir a la distorsión de las relaciones, a su ruptura e incluso a la victimización sistemática y violenta de personas que se convierten en objetos de lujuria. Pero el deseo no tiene por qué conducir a males tan evidentes para contribuir a la corrupción, a la ruina que azota al mundo.

Sospecho que para muchos de nosotros la mayor amenaza proviene de los deseos vanidosos que simplemente nos distraen, nos ocupan, nos roban tiempo, atención y energía para que no podamos seguir adelante por la ruta de evacuación que Dios nos ha trazado y para la cual

nos ha equipado, con el resultado de que corremos el riesgo de quedarnos de brazos cruzados en la zona cero cuando ocurra la catástrofe. Pero también existe el deseo santo. Dios nos ha dado promesas preciosas y grandiosas, y el autor solo nos anima a desearlas, convirtiéndonos en reflejos de la justicia de Dios en este mundo mediante la obra de su Espíritu en nosotros y entre nosotros, recibiendo una entrada generosa al reino eterno de nuestro Señor Jesucristo, un lugar en la presencia pura de Dios para siempre, participando de la virtud y la bondad de Dios en lugar de la corrupción de este mundo.

Las promesas de Dios nos presentan aquello que realmente vale la pena desear. Si orientamos nuestros deseos hacia lo que Dios nos ha prometido, el deseo obrará a nuestro favor en lugar de en nuestra contra. Dejaremos de lado el egocentrismo, que en el mejor de los casos nos distrae y en el peor, nos lleva a la destrucción, y nos dejaremos impulsar hacia la salvación.

En cuanto a sus aspectos positivos y negativos, la salvación no implica una teletransportación instantánea al refugio de la eternidad. Más bien, consiste en seguir la ruta de evacuación que Dios ha dispuesto en su gracia para quienes nos comprometemos a escapar de la corrupción que reina en el mundo a través del deseo. La conclusión del autor en este párrafo es reveladora al respecto.

Es al seguir esta ruta de evacuación que se nos concederá la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, como leemos en el versículo 11 del capítulo 1. El autor celebra la provisión misericordiosa de Dios. Al mismo tiempo, llama a sus oyentes a responder con gracia a estas provisiones. Las promesas que Dios ha puesto ante ellos deben evocar una respuesta celosa y diligente, como afirma el autor en el versículo 5. Con respecto a esto mismo, es decir, la provisión de Dios para escapar de la corrupción que de otro modo sería el fin de la existencia de todo ser humano, despleguemos todo nuestro celo para emprender el camino que conduce al disfrute de las grandes y preciosas promesas de Dios, es decir, la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Así como las inscripciones en honor a los benefactores se orientaban hacia una declaración de las acciones que los destinatarios acordaron realizar para honrar al benefactor, nuestro autor describe las acciones que la audiencia debe seguir realizando para honrar los dones y las promesas que Dios ha otorgado, así como la valiosa inversión que su benefactor divino ha hecho en ellos para hacerlo posible. El autor traza un camino, un plan de escape, una ruta de evacuación para seguir dejando atrás el mundo sujeto a la decadencia y la ruina y avanzar hacia la entrada al reino eterno de nuestro Señor Jesucristo, que marcará nuestra llegada al puerto seguro y eterno. Poniendo toda diligencia en esto mismo, añadid a vuestra fe virtud, a vuestra virtud conocimiento, a vuestro conocimiento dominio propio, a vuestro dominio propio perseverancia, a vuestra perseverancia piedad, a vuestra piedad amor fraternal, y a vuestro amor fraternal amor sin límites.

Porque, como estas cosas pertenecen a ustedes y abundan entre ustedes, les asegurarán que no sean improductivos ni estériles en cuanto a su reconocimiento de nuestro Señor Jesucristo. El autor emplea aquí un recurso retórico conocido como sorites o clímax. El orador presenta una cadena de conceptos, cada uno un eslabón que conduce al siguiente de la serie.

Este recurso es particularmente útil cuando el orador desea trazar un camino y sus consecuencias. Puede usarse como advertencia, como en Santiago capítulo 1, versículos 14 al 16, donde el deseo, una vez concebido, da a luz al pecado, y el pecado, al madurar, da a luz a la muerte. Puede usarse para animar a seguir un camino, como en la sabiduría de Salomón, capítulo 6, versículos 17 y siguientes, donde el interés por la instrucción constituye amor a la sabiduría, y amor a la sabiduría significa guardar sus leyes, y guardar sus leyes trae la seguridad de la inmortalidad, y la inmortalidad nos acerca a Dios.

Por lo tanto, este recurso es apropiado en este caso, ya que el autor describe el camino que los creyentes deben seguir para alcanzar la meta prometida por Dios. Llegar a la fe es solo el comienzo. El punto de partida de este plan de evacuación.

En medio de tu fe, provéete también de virtud. El autor usa la palabra griega areté, que significa excelencia moral o compromiso con los más altos estándares éticos. La fe en Jesús y sus promesas debe dar fruto en la transformación ética.

En medio del crecimiento en la virtud, el autor insta a profundizar en el conocimiento. No un conocimiento esotérico, sino un conocimiento cada vez más profundo de la fe, igualmente valiosa, en la que los destinatarios han sido iniciados desde las enseñanzas de Jesús y los apóstoles hasta el conocimiento experiencial de vivir una vida de excelencia moral y la seguridad que esto brinda de que sus beneficios superan cualquier costo. El autor se refiere al tipo de conocimiento que capacita a la persona para ejercer el autocontrol.

Un compromiso de vital importancia donde el deseo es la principal fuente de corrupción, decadencia y ruina de la que escapamos. Además, el autor afirma que el creyente necesita perseverancia para mantener la energía necesaria para este viaje a largo plazo, resistiendo ante cualquier tentación y distracción, y luchando contra las asombrosas fuerzas culturales que operan contra nuestro compromiso con el autocontrol. Estas fuerzas predicán a diario la autogratisfación, la autocomplacencia y la inversión egocéntrica.

Además de la perseverancia, el autor insta a cultivar la piedad y la piedad, viviendo una vida centrada en Dios, que priorice dar a Dios lo que le corresponde. Y, por supuesto, si la preocupación por vivir con Dios como centro es firme, la perseverancia y el autocontrol serán inevitables. En medio de esta vida centrada en Dios, el autor insta a cultivar constantemente el amor por los hermanos en la casa de Dios.

El término griego, Filadelfia, el amor que debería caracterizar las relaciones fraternales, recibió mucha atención en la ética grecorromana. Debía manifestarse en el compromiso de compartir ideales y recursos materiales, cooperar para el beneficio mutuo en lugar de competir por el beneficio individual, preservar la armonía y perdonar las ofensas. Fue precisamente este ethos el que los primeros líderes cristianos buscaron cultivar entre aquellos a quienes Dios había hecho hermanos y hermanas en la familia que Dios formó mediante la adopción en su hijo Jesucristo.

Más allá de esto, y como colofón, el autor recomienda cultivar el ágape, lo que he traducido como amor sin fronteras. El amor que no depende de nada externo, de ningún vínculo de parentesco, ya sea natural o espiritual, sino que simplemente brota de un carácter que finalmente ha llegado al punto de compartir la naturaleza divina de la que hablaba el autor. La naturaleza divina del Dios que es amor, según 1 Juan capítulo 4. Este sentido no era

inherente a la palabra griega ágape, sino que los primeros cristianos se aferraron a este término, menos usado en su mundo, para designar el amor y lo utilizaron como punto focal para desarrollar su filosofía distintiva de amar a los demás como Cristo los había amado.

El autor asegura a su audiencia que, dado que estas cosas les pertenecen y abundan entre ustedes, garantizarán que no sean improductivos ni estériles en cuanto a su reconocimiento del Señor Jesucristo. Y según este autor, cultivar estos frutos particulares y, de hecho, llevarlos a una cosecha plena y abundante no es ni mucho menos un complemento opcional de la fe. Continúa diciendo que quienes carecen de estas cosas son tan miopes que están ciegos, olvidando la purificación de sus pecados pasados.

La imagen de una miopía grave, aunque quizás no sea la más amable, es ciertamente apropiada. Una de las mayores amenazas a nuestra capacidad de dedicarnos con diligencia a cultivar la vida que Cristo nos liberó al morir es el ajetreo de hoy, día tras día. Y siendo honestos, el ajetreo de hoy, día tras día, las horas que a menudo simplemente desperdiciamos en entretenimientos pasivos y, en última instancia, distracciones sin sentido.

El autor llama a los cristianos a ser personas visionarias, personas que viven con la mirada puesta en el horizonte del amanecer de la venida de Cristo, organizando toda su vida ahora para ser hallados irrepreensibles, incluso celebrados en ese día. A escuchar las palabras conocidas de otra parábola conocida: «Bien hecho, siervo bueno y fiel». A seguir dedicando la mayor parte de nuestra atención y esfuerzos hoy a actividades y distracciones que no importarán ese día.

¿Qué mejor etiqueta podría el autor darle a esto que la más severa forma de miopía? Sin embargo, el autor añade una acusación adicional. No avanzar por esta ruta de evacuación es olvidar la costosa inversión que Jesús hizo en ti para guiarte en este camino desde el principio, olvidando la purificación de sus pecados pasados. Olvidar los beneficios recibidos se consideraba un fracaso deplorable en el mundo del autor.

Cicerón, senador y estadista romano de mediados del siglo I a. C., escribió: «Todas las personas desprecian el olvido de las beneficencias, considerándolo una ofensa personal, ya que desalienta la generosidad. Consideran al ingrato un enemigo de todo aquel que lo necesite». De igual manera, Séneca, escribiendo un siglo después, dijo que quien no devuelve un regalo es desagradecido, pero quien ha olvidado un regalo una vez dado es el más desagradecido de todos.

¿Quién es más ingrato que quien ha olvidado por completo el don que debería haber permanecido en primer plano, hasta perderlo por completo? La purificación del pecado, que todos los oyentes asociarían con la muerte de Jesús por ellos y, por lo tanto, sabrían que es un beneficio muy valioso al recibirse con confianza, también los impulsa a la única respuesta sensata al don de Dios, ya que ese gran don exige vivir la vida para la cual fue provista. Así concluye nuestro autor este párrafo: «Por tanto, hermanos y hermanas, dedíquense plenamente a asegurar su llamado y selección, pues al hacer esto nunca tropezarán, pues así recibirán abundantemente la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo». El autor puede desafiar nuestras nociones de salvación y las respuestas que podríamos tener en la cabeza y predicar desde nuestros púlpitos a la pregunta: «¿Qué debo

hacer para ser salvo?». Para el autor de 2 Pedro, la salvación no es solo una decisión aislada; Se trata de seguir una ruta de evacuación.

La decisión es importante, pero debe ser la de seguir la ruta de evacuación, porque la salvación y la seguridad se encuentran al final de la ruta, no al principio. La ruta comienza con la fe, y la fe nos impulsa a un camino hacia la semejanza de Cristo, hacia vivir para los demás, hacia una entrega cada vez mayor a Dios para que cumpla sus propósitos sobre quiénes llegaremos a ser y qué fruto daremos para él a lo largo de nuestra vida. John Wesley y los metodistas compartían en gran medida la visión de la salvación de este autor.

Entre los primeros metodistas, el principal requisito de entrada al grupo era, cito, el deseo de huir de la ira venidera, y la naturaleza de esa huida era un compromiso de por vida de usar toda la ayuda que Dios había provisto, todos los medios de gracia para crecer en santidad y justicia. Los miembros del movimiento se buscaban y se animaban mutuamente a ser diligentes en descubrir cómo abstenerse de hacer daño y cómo dedicarse a todo el bien posible, mientras buscaban ese segundo descanso que se creía era la meta del Espíritu Santo para cada cristiano. Es decir, llegar a ese lugar donde el amor a Dios y al prójimo impulsaban todas las acciones e interacciones.

Seguir a Cristo implicó una larga obediencia en la misma dirección, no una larga inercia en la misma banca. En lugar de plantear la pregunta sin gracia: "¿Cuánto o qué tan poco tengo que hacer para ser verdaderamente salvo?", el autor insta a sus oyentes a vivir una respuesta con gracia. Les indica que la manera de asegurar su llamado y selección por parte de Dios no es formulando un argumento teológico vago con el que podríamos pensar que nos excusamos de seguir la ruta de escape de Dios.

Más bien, nos dice que afiancemos nuestro llamado y selección buscando esa respuesta viva al llamado y selección de Dios que nos hace personas que pertenecen al reino eterno de nuestro Señor Jesucristo, donde la justicia mora. Esto lo haremos, afirma el autor, entregándonos a seguir el camino por el cual todas las provisiones del poder divino de Dios nos impulsan natural y correctamente. Aquí, para el autor, se encuentra el fundamento más firme para cualquier doctrina de seguridad.

Haciendo estas cosas, seguramente no tropezaréis en el camino hacia ese reino.